

#ENSAYANDO

Brecha de género y feminización de la pobreza en América Latina: una aproximación desde el informe de ONU Mujeres y la perspectiva de Federici

Valentín Eduardo Ibarra

ibarrave@live.com.ar

Universidad Autónoma de Entre Ríos
Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales
Entre Ríos - Argentina

CORRECCIÓN LITERARIA
Joaquín Andrés Ibarra

Recibido: 30 de abril de 2018 / Aprobado para publicación: 21 de junio de 2018

Cómo citar esta obra:

Ibarra, V. E. (2018). "Brecha de género y feminización de la pobreza en América Latina: una aproximación desde el informe de ONU Mujeres y la perspectiva de Federici". En: *Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH*, N. 2. Córdoba: UNC. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/article/view/22063>





Brecha de género y feminización de la pobreza en América Latina: una aproximación desde el informe de ONU Mujeres y la perspectiva de Federici

Introducción

De la misma manera que Dios creó a Eva para dar placer a Adán,
el capital creó a la ama de casa para servir al trabajador
masculino, física, emocional y sexualmente.
Ellos dicen que es amor, nosotras que es
trabajo no remunerado [...]
¿más sonrisas?, más dinero.

Silvia Federici, *Salario contra el trabajo doméstico*¹

2

En América Latina la brecha de género persiste y la pobreza se ha feminizado. La región evidencia un cuello de botella en cuanto al progreso y empoderamiento de las mujeres según manifiesta un informe de la Organización de las Naciones Unidas (ONU / Mujeres) recientemente publicado y titulado *El progreso de las mujeres en América Latina y el Caribe 2017. Transformar la economía para realizar los derechos*. Durante los últimos 20 años la región muestra un progreso considerable hacia el empoderamiento de las mujeres mediante innovaciones sociales que demuestran, el enorme potencial del salario mínimo para reducir la desigualdad y corregir la brecha salarial de género. No obstante, estos logros se presumen todavía incompletos ya que no siempre se traducen en

¹ Silvia Federici (Parma, 1942), profesora universitaria, investigadora y activista italiana, intelectual de vital importancia para comprender el programa político del movimiento internacional de mujeres y el feminismo.

mejores oportunidades de acceso al trabajo, permanencia y autonomía económica sostenida en el tiempo.

Antes de comenzar con el análisis propuesto, creemos oportuno realizar algunas aclaraciones terminológicas: el concepto de “feminización de la pobreza”, fue acuñado en los Estados Unidos hacia fines de la década del 70 del siglo pasado. La bibliografía consultada coincide en atribuir la primera mención del mismo a un trabajo de la investigadora Diana Pearce, de 1978, titulado: *The feminization of poverty: Women, work, and welfare*. El trabajo de Pearce se focalizó particularmente en la descripción estadística que se refería al aumento de los hogares encabezados por mujeres en los EEUU (que pasaron del 10.1 % en 1950 para un 14 % en 1976, lo que resultó en un 40 % de aumento) y la correlación de ese hecho con el deterioro de sus condiciones de vida. Este aumento se desarrolló en un contexto de transformaciones demográficas tales como el incremento de la expectativa de vida de las mujeres y el de los divorcios, entre otras. Para ello analizó la posición desigual en que las mujeres se encontraban ante la posibilidad de obtener ingresos (tanto a través de su participación en el mercado laboral como en la seguridad social y los aportes familiares) y las formas en que los programas de ayuda gubernamental reprodujeron e institucionalizaron las desventajas de las mujeres frente a las situaciones de pobreza.

El informe de Naciones Unidas, que hemos tomado de referencia para analizar en conjunto con otros de características similares y articulados con la mirada de Silvia Federici, ponen de relieve desigualdades estructurales donde sirven de ejemplo los salarios percibidos o el trabajo de cuidados no remunerados. A su vez el acceso restringido a los servicios de salud sexual y reproductiva disminuyen aún más las capacidades de ciertos grupos de mujeres para controlar el propio futuro.

Partiremos desde el dato de que la inserción laboral de las mujeres se ubica alrededor de 26 puntos porcentuales por debajo de los hombres, a lo que debemos sumar la persistente exposición al acoso sexual, discriminación o violencia física y simbólica, factores que continúan limitando las oportunidades de acceso al mercado laboral y crecimiento económico,

[...] a pesar de los avances, la región continúa rezagada en materia de igualdad de género: en la tasa de acceso y participación laboral, de ingresos propios y salarial, la brecha persiste incluso cuando las mujeres hayan alcanzado mejores niveles educativos (ONU, 2017).

También es muy importante mencionar que las discriminaciones que padecen las mujeres son múltiples e interrelacionadas y están basadas en edad, raza, discapacidad, ubicación geográfica, orientación sexual o condición de migrante. Por consiguiente, no puede proponerse una linealidad en el análisis del tema sino más bien un abordaje integral, es decir, como un problema estructural.

Maternidad temprana, acceso a la salud sexual y planificación familiar

En los sectores más vulnerables encontramos un patrón que se repite en toda la región, el 60 % de las mujeres han sido madres a los 19 y, de ellas, la mitad carece de ingresos propios, educación formal y habilidades necesarias para competir por puestos de trabajo superadores. La organización Amnistía Internacional, dedicada al monitoreo global de las violaciones de los Derechos Humanos, presentó un documento denominado *Embarazo adolescente en Argentina. Aportes para el debate sobre derechos sexuales y reproductivos*, donde desarrolla un pormenorizado estudio sobre el progreso de la tasa de fecundidad adolescente y sus impactos en la continuidad educativa de las madres. El documento enfatiza en la necesidad de una educación sexual de calidad, libre de prejuicios y violencia, que los Estados deben garantizar a sus poblaciones como así también el acceso real a los sistemas de salud y profilaxis.

Según estadísticas confiables, aproximadamente 1 de cada 6 habitantes en el mundo es adolescente, lo que significa que 1200 millones de personas tienen entre 10 y 19 años, cifra que representa un 17 % de la población mundial. De este grupo, el 90% vive en países de ingresos bajos y medios y solo el 51 % asiste a los años superiores de la escuela secundaria. De acuerdo con estimaciones de la ONU, nacen cerca de 14 millones de niños de madres adolescentes por año, de los cuales cerca de 2 millones suceden en América Latina y el Caribe. Argentina se ubica por

encima del promedio mundial, estimando 65.6 nacimientos por cada 1000 mujeres entre 15 y 19 años, superando a Uruguay, Chile y Brasil. Esta variable merece especial atención no solo por el riesgo de mayores complicaciones físicas que presenta el embarazo a temprana edad, sino porque a menor edad mayor es la posibilidad de que el embarazo sea producto de abusos, relaciones forzadas o de la explotación sexual.

En nuestro país la tasa de fecundidad adolescente descendió de manera lenta pero continua desde 1980 hasta 2003, cuando se registró su punto más bajo: 57.5 por 1000 y a partir de dicho año comenzó un incremento sostenido hasta alcanzar el 69.6 en 2011. En los años 2012, 2013 y 2015 volvió a registrarse un leve descenso. El documento de referencia se pregunta, ¿existe un vínculo entre educación y embarazo adolescente?, pese a que no pueden brindarse afirmaciones concluyentes, el frío relato estadístico puede decirnos que los embarazos a temprana edad tienen mayor frecuencia en sectores en situación de vulnerabilidad y con menor nivel educativo. Según el informe de 2013, $\frac{1}{4}$ de las madres adolescentes no llegó a terminar el nivel primario. Por otro lado, de los embarazos que se produjeron durante estos rangos etarios (de 10 a 19 se subdivide en fecundidad adolescente temprana hasta los 15 y fecundidad adolescente tardía hasta los 19) puede observarse que: el 33.2 % no continuó con sus estudios, el 27.9 % continuó por un breve tiempo, el 28.1 % continuó hasta el 7^a mes y solo el 10.8 % terminó el nivel en que se encontraba.

En el ámbito familiar, las mujeres con menor grado de escolaridad siguen iniciando su vida en pareja y la maternidad de manera temprana mientras que las que alcanzan mayor grado de educación postergan las uniones y maternidad hasta los 30. Lejos de garantizarse un acceso universal a la salud sexual y reproductiva previsto por la Organización Mundial de la Salud (OMS) para 2015 (allá por el año 2008), acordado y ratificado por los países miembros, se observa un acceso restringido, condicionados por la interrelación de las variables antes mencionadas, especialmente en aquellas mujeres que provienen de los sectores más vulnerables de la sociedad. En lo que respecta a la planificación familiar puede observarse un alarmante desconocimiento de los cuidados obstétricos, prevención y manejo de infecciones, profilaxis y anticoncepción. Existe una ausencia casi total de la relación salud sexual y reproductiva con el bienestar físico y emocional ya que la



salud ,por definición, entraña la capacidad de disfrutar de una vida sexual satisfactoria, sin riesgos y con la libertad para decidir cuándo procrear y con qué frecuencia. Esta situación nos obliga, una vez más, a poner el acento en la importancia capital de la educación sexual integral libre de prejuicios.

[...] lo que mantiene el mundo en movimiento
es la inmensa cantidad de trabajo no remunerado
que las mujeres realizan en los hogares.

Federici, *Revolución punto cero*.

Como sabemos, los sectores más sensibles se ubican en la base de la pirámide social, el 10 por ciento de la población más rica tiene 25.6 veces más riqueza que el 10 por ciento más pobre. La medición de la pobreza a través de ingresos monetarios constituye una medida limitada para un examen integral de las condiciones de vida de la población, ya que excluye variables tales como el acceso a recursos básicos o al ejercicio de derechos sociales fundamentales. La medición de la pobreza a partir de los ingresos monetarios es una estimación teórica sobre el bienestar económico, definido como la capacidad de acceso a un conjunto de bienes y servicios.

A pesar de que el modelo más difundido para la identificación de personas pobres es el de la “línea de pobreza”, se ha cuestionado su capacidad para dar cuenta de este fenómeno multidimensional y en ese sentido, metodológicamente creemos necesario utilizar el método de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Este método se basa en el establecimiento de umbrales mínimos de bienestar según niveles universalmente aceptados, los cuales deben ser alcanzados a partir de la cobertura de un cúmulo de necesidades materiales básicas. Así, cuando los hogares o la población que vive en los mismos, no pueden satisfacer tales necesidades, los mismos son categorizados con NBI.

De acuerdo con este enfoque, se define un concepto de pobreza estructural a partir de indicadores vinculados a condiciones habitacionales esenciales, a la escolarización en el nivel primario de educación formal y a la inserción en el mercado laboral de los integrantes del hogar, conceptos éstos que están muy vinculados a la calidad de vida. Es importante señalar la dimensión que el factor

trabajo asume en este contexto conceptual dado su función como generador del poder adquisitivo que permite mantener un determinado nivel de consumo. El trabajo constituye, entonces, una medida de la capacidad de subsistencia de la población.

Pisos pegajosos, escaleras rotas, techos de cristal

La brecha social existente entre los trabajadores, obedece generalmente a distintos elementos tales como la experiencia en el puesto, la calificación para la tarea y la formación, entre otros. Todos ellos parecen ser criterios objetivos para establecer diferencias salariales. Sin embargo existen otros elementos que configuran diferencias como el sexo y la edad, fundados sobre una carga de prejuicios más que en razones concretas. Estas arbitrariedades a la hora de pagar un salario, refieren a estructuras culturales complejas.

Tanto en las conquistas como en los obstáculos, el empoderamiento de las mujeres refleja profundas desigualdades aún más acentuadas hacia aquellas que viven en hogares de menores ingresos o que cuentan con menores niveles de educación formal. En un extremo se encuentran las mujeres en los llamados pisos pegajosos, las más pobres y con menores niveles de instrucción, fuera de los mercados laborales o bien estancados en trabajos de alta precariedad. Mientras que en el otro extremo se ubican las mujeres con educación terciaria e ingresos altos pero que chocan con los llamados techos de cristal que limitan su crecimiento. Entre ambos extremos se ubican las mujeres en un escenario de escaleras rotas con educación secundaria e ingresos intermedios pero sin reales posibilidades de dar saltos de empoderamiento o prevención de deslizamientos hacia los pisos pegajosos. Es decir, enfrentando desventajas sistemáticas en la consecución de ingresos propios y una efectiva inserción laboral. En Argentina el 29.7 % de las personas están en situación de pobreza, pero en los hogares donde residen niñas y niños el porcentaje asciende a 47.7 %, lo que muestra una mayor incidencia y peores perspectivas para el futuro en términos globales. Este rasgo es común en todo el mundo, las mujeres ganan menos que los hombres, más aún, no es lo mismo ser una mujer de la gran ciudad que campesina, las ya antiguas

categorías de centro y periferia actúan como un factor determinante para el crecimiento y posterior independencia,

Además existen desigualdades claras según la raza y el grupo étnico, por ejemplo, en el indicador de ingresos laborales, donde los hombres blancos se encuentran en un extremo y las mujeres indígenas en el otro (ONU, 2017).

Es cierto que el modelo de “hombre proveedor” y “mujer ama de casa” cada vez se corresponde menos con la realidad, aunque el impacto de las remuneraciones en las economías familiares sigue siendo desigual, la región ha experimentado una evolución silenciosa, incompleta y desigual de las dinámicas familiares. A pesar de la mayor contribución de las mujeres, persisten dinámicas en la esfera doméstica que limitan su empoderamiento. En América Latina, las mujeres aumentaron su participación laboral pero no siempre en buenas condiciones. El informe de referencia denuncia que más de 18 millones de mujeres de la región están empleadas como trabajadoras domésticas, la mayoría de manera informal con derechos limitados. Es a partir de este diagnóstico que el informe enfatiza: “las brechas de género persisten y la pobreza se ha feminizado”.

Actualmente, la brecha en la participación laboral entre mujeres y hombres con alto nivel de formación es de 11 puntos porcentuales, mientras que la brecha entre quienes cuentan solamente con educación primaria es de 34. Los principales indicadores económicos —de acceso a ingresos propios, de participación laboral y de reducción de calidad del empleo entre mujeres y hombres— muestran que, durante el último cuarto de siglo, las mujeres de la región han logrado avances significativos. Estos avances se ven más claramente en el incremento de la participación laboral (en términos cuantitativos y cualitativos), pero también las persistentes brechas salariales y la permanencia de las mujeres en trabajos más inestables y desprotegidos. Además, el avance de las mujeres en el mercado laboral no se ha visto acompañado por un avance equivalente de los hombres en el ámbito doméstico,

También empieza a verse claramente que, en ausencia de remuneración monetaria, las mujeres se topan con serios problemas en sus intentos de obtener

«independencia económica», sin mencionar el alto precio que a menudo tienen que pagar por ella: la imposibilidad de elegir si quieren tener hijos, o los bajos salarios y la pesada carga de una doble jornada de trabajo cuando se incorporan al mercado laboral (Federici, 2013: 73).

Independientemente de su participación en el mercado laboral, las mujeres de la región asumen una carga desproporcionada de trabajo doméstico y de cuidados no remunerados y esta división sexual del trabajo es un obstáculo estructural al empoderamiento económico.

La campaña para reclamar un salario para el trabajo doméstico se lanzó en el verano de 1972 en Padua con la formación del *International Feminist Colective* (Colectivo Feminista Internacional) por un grupo de mujeres de Italia, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Su objetivo era la apertura de un proceso de movilización feminista internacional que llevase al Estado a reconocer el trabajo doméstico como trabajo -esto quiere decir, como una actividad que debería ser remunerada- ya que contribuye a la producción de mano de obra y produce capital, posibilitando así que se dé cualquier otra forma de producción (Federici, 2013: 25).

Las políticas y programas dirigidos a mejorar las condiciones de vida de las mujeres rurales pobres que han procurado combinar una perspectiva sectorial agraria y una perspectiva de género no han logrado resultados sustantivos en por lo menos tres aspectos vitales: 1 – el acceso deficiente y discriminatorio de las mujeres a la titularidad de activos, incluyendo la tierra; 2 – el reconocimiento pleno y el potenciamiento de su rol en la agricultura familiar y en el mantenimiento de los sistemas agro-alimentarios, claves para la seguridad y soberanía alimentaria; 3 – el trabajo no remunerado y la sobrecarga de labores domésticas.

El trabajo doméstico no solo fue impuesto a las mujeres, sino que se transformó en un atributo natural de la personalidad femenina, una necesidad interna. La brecha salarial entre mujeres y varones conforma el indicador más evidente de la desigualdad pero no es el único. Los mayores niveles de desempleo femenino, principalmente entre los sectores más jóvenes de la población, los límites en el acceso a cargos jerárquicos y la imposibilidad de formar parte de

actividades masculinizadas, conforman un conglomerado que construye y reproduce desigualdades.²

La disminución de la tasa de fecundidad sumada a un incremento del rendimiento académico pone de manifiesto importantes avances, sin embargo persiste un rezago en materia de igualdad revitalizando los conceptos anteriormente mencionados: techo de cristal, escaleras rotas y suelo pegajoso, las mujeres de la región dedican más del triple del tiempo que los hombres al trabajo doméstico y de cuidados no remunerados, desproporción clave para la obtención de una verdadera y duradera independencia. Ya en la década del setenta del siglo XX, Federici afirmó que debía renunciarse a la idea de que el trabajo doméstico fuera un acto de amor y desnaturalizarlo, en su artículo titulado *Salario contra el trabajo doméstico* afirmó que es importante reconocer que cuando hablamos de trabajo doméstico, no hablamos de cualquier trabajo. Estamos hablando de la manipulación más continua y de la violencia más sutil que el capitalismo haya tenido en contra de cualquier sector de la clase trabajadora y que “ser ama de casa es un destino peor que la muerte”. La clave, afirma la autora, está en reclamar la razón en dinero, es decir en términos salariales por las tareas de cuidado en el ámbito doméstico, pero no enfocarlo como la conquista de un puñado de billetes que brinden una ilusión de autonomía sino como el punto cero de la revolución, es decir dándole una perspectiva política. De lo que se trata es de visibilizar todo el plus-valor que se esconde detrás del trabajo no remunerado. Destacamos de la autora, el siguiente párrafo:

[...] debemos admitir que el capital ha tenido mucho éxito escondiendo nuestro trabajo. Ha creado una obra maestra a expensas de las mujeres. Mediante la denegación del salario para el trabajo doméstico y su transformación en un acto de amor, el capital ha matado dos pájaros de un tiro. Primero ha obtenido una cantidad increíble de trabajo casi gratuito y se ha asegurado de que las mujeres, lejos de rebelarse contra ello, busquen obtenerlo como si fuese lo mejor de la vida. Al mismo tiempo ha disciplinado al trabajador masculino al hacer que su mujer dependa de su trabajo y de su salario (Federici, 2013: 38).

² El Observatorio de la igualdad de género de la CEPAL, en diciembre de 2016 afirmó que persiste una brecha de género en materia salarial como reflejo de la discriminación en el mercado laboral que, si bien disminuyó en la última década, no lo hizo de manera suficiente y permanece como un obstáculo para la autonomía económica de las mujeres y en la superación de la pobreza.

De la misma manera que dios creó a Eva para dar placer a Adán, el capital creó a la ama de casa para servir al trabajador masculino, física, emocional y sexualmente: un fraude que se esconde bajo el nombre amor. Sabemos que las tareas de cuidado fueron impuestas por el patriarcado y se transformaron en un atributo natural de la conducta femenina, hace poco tiempo veíamos, rescatadas del olvido, en redes sociales y hoy a expensas del debate sobre la interrupción voluntaria del embarazo recrudesciendo con virulencia, aquella no tan vieja “Guía para la buena esposa” de 1953 editada en España. Se trata de una guía que contiene once reglas a partir de un subtítulo que despersonaliza a la mujer y la esconde bajo la sombra del patriarca: “sé la esposa que él siempre soñó”, dice a modo de frase motivacional debajo de una sonriente muchacha de clase media. Entre las reglas podemos encontrar dicho de manera lisa y llana, vestigios de esclavitud: “Ten lista la cena. Prepara su plato favorito”, “Sé dulce e interesante, una de tus obligaciones es distraerlo”, “Arregla tu casa, debe lucir impecable”. “Minimiza el ruido”. “No te quejes, no lo satures con tus problemas insignificantes” y otros puntos tan repudiables como misóginos que perduran hasta nuestros días e incluso pugnan por reinstalarse de manera recargada en una sociedad que justifica el autoritarismo, culpa a la víctima, se burla de quienes no responden a estereotipos sexo-genéricos y naturaliza que una proporción equivalente al “trabajo exterior” se desarrolla puertas adentro, privada de retribución y estatus al que muchos, mujeres y hombres aspiran porque, irreflexivos, reproducen mandatos generacionales. Me pregunto, ¿cómo no traicionar a los machos del barrio y no salir abiertamente a apoyarlas en su grito irreverente?, el grito de aquellas mujeres que se dieron cuenta de que la trampa estaba puesta desde el comienzo: ser dócil, servil y dependiente.

Bibliografía consultada

Amnistía Internacional. (2017). *Embarazo adolescente en la Argentina. Aportes para el debate sobre derechos sexuales y reproductivos*. Buenos Aires.

CEPAL (2018). *Panorama social de América Latina 2017*. Santiago de Chile.

Federici S. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficante de Sueños Ediciones.

Federici S. (2013). *Revolución punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficante de Sueños Ediciones.

INDEC. Ministerio de Hacienda. Presidencia de la Nación. (2017). *Mercado de trabajo, principales indicadores de la Encuesta Permanente de Hogares. Primer trimestre de 2017*. Buenos Aires.

Ministerio Público Fiscal. Procuración General de la Nación. (2017). *Brecha salarial: desigualdades en el mercado laboral*. Programa Especializado en Derecho del Trabajo. Buenos Aires.

Observatorio de la Deuda Social de la Argentina. Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA). (2017). *Pobreza y desigualdad por ingresos en la Argentina urbana 2010-2016*. Buenos Aires.

ONU Mujeres (2017). *El progreso de las mujeres en América Latina y el Caribe. Transformar las economías para realizar derechos*. Oficina Regional de las Américas y el Caribe, Clayton, Panamá.

ONU Mujeres (2018). *Enfoque territorial para el empoderamiento de las mujeres rurales. Análisis y propuestas para América Latina*. Oficina Regional de las Américas y el Caribe, Clayton, Panamá.

Organización Internacional del Trabajo (OIT). (2016). *Perspectivas sociales y del empleo en el mundo*. Ginebra, Suiza

Pierce, D. (1978). The feminization of poverty: women, work, and welfare. En: *Urban and Social Change Review*, N. 11, pp. 28-36. California: SAGE.



UNICEF (2017). *La pobreza monetaria en la niñez y la adolescencia en Argentina*.
Buenos Aires.



Sobre el autor

VALENTÍN EDUARDO IBARRA es estudiante del último año de la Licenciatura en Filosofía por la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER), Argentina, y Diplomado Universitario sobre Género desde la Perspectiva de los DDHH por la Universidad Tecnológica Nacional, en articulación con la Asociación civil Acción Educativa Santa Fe. Actualmente se encuentra preparando su trabajo de tesina de grado titulado “Génesis y estructura de la riqueza de las naciones de Adam Smith”. Se ha desempeñado como Auxiliar Docente en la cátedra de Metodología de la Investigación (UADER).